domingo 2 de enero de 2005

ABC.ES - EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

LOS HILOS INVISIBLES

Por Ignacio CAMACHO/

EL viajero y explorador Bruce Chatwin contó en «Los trazos de la canción» una hermosa leyenda de los aborígenes australianos que de algún modo simboliza la existencia de un sustrato universal común entre los hombres y el territorio: una especie de hoja de ruta sentimental que vincula a los habitantes de la tierra con una época liminal anclada en las raíces del mito, y que los supervivientes de la casi extinguida raza austral identifican con un tiempo en que sus dioses trazaban senderos de conocimiento a través de la magia de un supuesto canto cuya memoria colectiva delimita los saberes de la tribu. Esos hermosos y melancólicos trazos de la canción no son, en realidad, un fenómeno solamente australiano, sino universal: eran los medios simbólicos a través de los cuales un hombre delimitaba su territorio y organizaba su vida social. En cierta forma, esos míticos trazos de ida y vuelta existen también en el corazón de la conciencia española. España es una nación -sí, una nación, ¿qué pasa?- cosida con hilos invisibles que a lo largo de los siglos han sujetado y dado forma a una memoria común capaz de sobreponerse a los recurrentes impulsos históricos que de vez en cuando provocan sacudidas de los demonios de la discordia. Más allá de las fórmulas políticas, de las organizaciones sociales o de las estructuras culturales, la vida española está tejida con una hilatura sentimental cuyas puntadas atraviesan la geografía y la historia. Andaluces en Cataluña, gallegos en Canarias, vascos en Andalucía, extremeños en Euskadi... Una urdimbre de gentes cruzadas a través de la experiencia y de la sangre que ha forjado una realidad tan compleja como difícil de deshilar a golpe de consigna política o de insolidaria rebeldía territorial.

Si durante el franquismo hubo algún fracasado intento de reforzar autoritariamente esa hilatura con un corsé metálico y artificial, la Constitución del 78 vino a aflojar las correas forzosas apretadas por la dictadura con un modelo abierto que dejaba suficiente holgura para que casi nadie se sintiese constreñido. Los mecanismos constitucionales de transferencias de renta garantizaron la cohesión de un Estado de corte federal que ha ido ajustándose hasta crear, no sin tensiones, un sistema de cuyo éxito da fe la prosperidad alcanzada en los últimos veinticinco años. Para ello fueron necesarias numerosas cesiones mutuas que forjaron un consenso nacional sobre la base de lo posible más que de lo deseable.

Por razones en cierto modo inexplicables, que acaso tengan que ver con las frustraciones mal resueltas de algunos irreductibles, con el apetito desequilibrado de los más insolidarios y con la fantasía iluminada de ciertos mesianismos, en los últimos meses parece haberse abierto de repente una falsa necesidad de descoser ese modelo para cortar nuevos trajes a la medida de minorías insatisfechas. Preso de su debilidad parlamentaria y de su falta de proyecto, el Gobierno de Rodríguez Zapatero ha permitido que se extienda la sensación de que el Estado constitucional está en fase de arreglo como un traje pasado de moda. Y lo ha hecho sin asegurarse el control del patronaje, de manera que algunos desaprensivos han comenzado a cortar hilos por su cuenta, sin pararse en su desafuero a considerar -quizá porque no les importa- que están rozando los puntos por los que se deshace el modelo.

No pocos de esos hilos están hechos de materias simbólicas pero extremadamente sensibles, no menos delicadas que órdagos explícitos de la brutalidad desafiante del ya inevitable referéndum ilegal vasco. El caso del Archivo de Salamanca, por ejemplo, tiene un valor mucho más emblemático que real, en cuanto que supone la humillación revanchista de una región por otra, claramente superior, además, en

renta y desarrollo. Otros episodios recientes, como el boicot catalanista a la candidatura Olímpica de Madrid o la polémica de las selecciones deportivas autonómicas, se mueven en un plano igualmente simbólico pero amenazan con arrollar, en su furor identitario, el delicado andamiaje sentimental en que se ha venido basando el equilibrio de una nación avenida a pesar de sus contradictorios intereses territoriales.

Si a eso se unen envites claramente secesionistas como el Plan Ibarretxe, respaldado por el inesperado órdago de terrorismo parlamentario de Batasuna en una reedición del pacto de Estella, carta de Josu Ternera en mano; si se le suman «demarrages» ventajistas como el del nuevo Estatuto catalán en ciernes; si los presidentes del Tribunal Constitucional y del Consejo de Estado, encargados de velar por la solidez de las vigas maestras del entramado institucional, se encogen de hombros y vienen a decir que todo cabe bajo el manto ambiguo de la semántica jurídica; y si todo ello tiene lugar bajo la mirada silente de un Gobierno cuyo presidente sólo es capaz de balbucir un complaciente «no pasa nada» -o, lo que es lo mismo, que no tiene importancia que un gobierno autonómico plantee un referéndum ilegal apoyado por los votos de una banda terrorista- que a nadie tranquiliza ni convence, el resultado es el de un efectivo clima de disolución de las bases de mestizaje, consenso y tolerancia que constituyen «los trazos de la canción» de la memoria colectiva de España.

Pero no todo da igual o, al menos, no todo da igual a todo el mundo. El significativo rechazo navideño al cava, que ha supuesto cuantiosas pérdidas en el sector bodeguero catalán, viene a confirmar que tan irresponsable juego está haciendo saltar por todas partes algunas costuras de esos hilos invisibles que sujetan las hechuras del Estado. De un Estado democrático, nadie lo olvide, con cotas de libertad jamás alcanzadas en nuestra maltrecha Historia.

Es probable que la fortaleza de esos hilos acostumbrados a las tiranteces resista también este envalentonado y reciente impulso centrífugo. Pero convendría no tensarlos demasiado desde un exceso de confianza optimista como el que parece envolver al presidente Rodríguez Zapatero, convencido de que lo más importante es no proporcionarle a los secesionistas argumentos para rentabilizar la crispación. Porque hay catarros que desembocan en neumonías, y sarampiones que acaban en varicela. Porque a veces gobernar significa entender que la política es una manta corta, con la que si te tapas los pies te descubres la cabeza, y que cuando se tensa demasiado se rompe por muy firme que parezca su textura. Y porque todo dirigente público que se respete a sí mismo acaba, tarde o temprano, enfrentado a la necesidad de trazar una raya entre lo que es admisible y lo que no.

director@abc.es